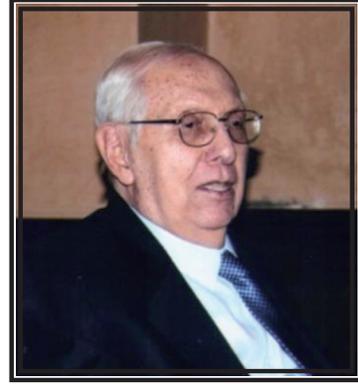


Álvaro Barrera Lloreda

*¡Cincuenta años al servicio de
la academia!*



Por: Rosa Aura Gavilán Díaz!

Álvaro Barrera Lloreda es un nombre que indiscutiblemente está ligado con la historia de la Universidad Industrial de Santander-UIS, no solo por ser un caballero a carta cabal, melómano, con un excepcional don de gentes y un encanto particular que consigue mantener cautivos a sus alumnos y amigos en conversaciones que pueden llevarlos por los más diversos caminos, sino porque es el único profesor que hasta la fecha ha recibido el reconocimiento de 50 años de servicio académico ininterrumpidos a la UIS.

El Dr. Barrera, como lo he llamado desde que lo conocí, nació en Málaga Santander, y como él mismo lo cuenta, por accidente, cuando su madre estaba de visita en esa región santandereana donde trabajaba don Saulo Barrera Parra, su padre, quien era técnico experto instalador de líneas

telefónicas. Corría 1932, año bisiesto, de muchos acontecimientos, dos de ellos relacionados con su interés científico: la aparición del “marcapasos artificial”, como lo llamó su inventor, el fisiólogo americano Albert Hyman, y la entrega del Premio Nobel de Física a Werner Karl Heisenberg por el ‘principio de incertidumbre’. Como buen presagio de su gusto musical, ese año se celebró en Londres la grabación del “Concierto para piano N.º 3”, con su compositor al piano, por única vez, Serguéi Prokófiev; y se publicó la obra *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley.

En sus primeros años de infancia los viajes siempre estuvieron ligados con el periplo laboral de su padre; por eso, Bogotá fue el escenario de inicio de la que sería su larga trayectoria en el mundo del conocimiento. En el Colegio del Niño Jesús, de las hermanas Esguerra, en el tradicional barrio Chapinero, inició con sus primeras letras; desde muy

* Profesora Universidad Industrial de Santander

temprano se distinguió como un pequeño disciplinado y deseoso de aprender. Pero diez años en Bogotá fueron suficientes para saturar la nostalgia por la tierra santandereana y por la calidez de una familia unida y numerosa que los reclamaba.

Ya en Bucaramanga, cursó bachillerato en el Colegio San Pedro Claver, e igual que en su primaria, se destacó como un excelente estudiante y caballero. Graduado en 1951, es un orgulloso claveriano, no solo por haber sido un alumno destacado, sino porque su padre y su hijo, igualmente, fueron bachilleres de esta institución.

La influencia del trabajo de su padre en su recién estrenada adolescencia fue evidente cuando con 16 años no dudó en trabajar para la Central de Telefónica en Bucaramanga, reclutado por su paisano Hernando Pardo Ordóñez. Esta experiencia le reafirmó el gusto y la afición por las conexiones eléctricas y todo lo referente a este tema, heredado de su padre. Al terminar su bachillerato, con la motivación siempre intacta y con el consentimiento de sus padres, decidió presentarse a la Universidad Industrial de Santander. En aquel momento, quería formarse en Ingeniería Civil, pero ese año la UIS no abrió esta carrera porque no llegaron los profesores españoles que se harían cargo; por sugerencia de su padre, se inclinó por estudiar la carrera más afín a la telefonía, que en ese tiempo era la Ingeniería Eléctrica. Lo que no podía saber aún es que era el inicio de

una historia de amor por la institución que iba a perdurar en el tiempo y a traspasar el siglo.

Fue un alumno excelente y siempre un estudiante distinguido, se enorgullece de que sus padres no hubiesen tenido que pagar por sus estudios; para esto fue muy importante su consideración de que primero estaba la vida académica y luego la vida social, o máximo, que estas debían ir en paralelo. Sin embargo, su disciplina académica no fue impedimento para que disfrutara a plenitud de las semanas universitarias, con sus carrozas características, en las que se reunían hermosas niñas, no solo bumanguesas, sino de otras regiones del país; de los bailes con las mejores orquestas del momento, y los infaltables paseos. Tenía mucho éxito entre las damas de la época; recuerda jocosamente que no solo las niñas eran sus fans, también sus madres, y en las reuniones de su extensa familia no faltaba la familiar casamentera que buscaba atraerlo hacia algún compromiso matrimonial.

En medio de una academia exigente y una bien llevada vida social, se graduó en la UIS en 1957 como ingeniero eléctrico, con notas sobresalientes y una tesis elogiada por su querido profesor Wilhem Spachovsky. De este tiene los mejores recuerdos no solo como profesor, sino también como ser humano, incluso —comenta el Dr. Barrera— les prestaba dinero a los estudiantes cuando los veía “alcanzados”. De ahí sus recuerdos van hacia otro profesor emérito, el

exrector de la UIS Julio Álvarez Cerón, quien, impresionado por su destacado desempeño, le propuso vincularse con la UIS, reto que aceptó en febrero de 1958. Confiesa que en su primera clase de Matemáticas y Cálculo el miedo se apoderó de él, según sus palabras: “Me temblaban las manos y no veía nada, porque la responsabilidad era muy grande y el prestigio de la universidad en ese entonces era enorme”, pero la respuesta, tanto de los alumnos como de directivos y colegas, fue excelente y eso lo tranquilizó.

La creación del Departamento de Matemáticas y Física, adscrito a la Sección de Estudios Generales, coincidió con sus primeros años como docente en esa dependencia, en la que enseñaba en el área de la Física a los estudiantes de carreras de ingeniería. A la par que construía su carrera, formó parte del grupo de ingenieros egresados que en 1961 creó ASIDUIS, la Asociación de Ingenieros Egresados de la UIS, que fue la base que permitió, en 1972, constituir ASEDUIS, la Asociación de Egresados de la UIS que todos conocemos y que hoy tiene asiento en el Consejo Superior de la Universidad.

Sus aptitudes y su calidad personal y académica lo llevaron a lo largo de su carrera a liderar muchos procesos, entre ellos la creación, en 1965, del Departamento de Física como una unidad de servicio, adscrito en aquella época a la División de Ciencias; el decano entonces era el Dr. Jaime Pradilla

y él se convirtió en el primer director de departamento, cargo que ocupó por varios años. Su impronta también estuvo presente en los programas que fueron aprobados más tarde, por los años setenta, como la carrera de Física, la de Licenciatura en Física y la Maestría en Física.

Ya en 1966, con su carrera docente en auge, viajó a Barquisimeto (Venezuela) en el Estado Lara, con el objetivo de realizar su año sabático y a la vez colaborar en la organización del área de Física en el Instituto Politécnico Nacional; sin embargo, los reiterados llamados de algunos directivos, de sus colegas, de sus amigos y especialmente de sus amigas (confiesa con picardía), además del afecto por los suyos y por la universidad, lo hicieron retornar.

A su regreso, en 1967, el panorama era diferente, la UIS crecía al igual que el número de estudiantes por asignatura, pero crecía mucho su amor por la física; su encuentro con el Dr. Gunter Trapp, físico graduado en Alemania, fue maravilloso, pues no solo se convirtió en su colega, sino en su gran amigo; los dos compartían el gusto por la música y hasta los grupos de estudiantes. Mientras el Dr. Trapp dictaba las clases magistrales, el Dr. Barrera trabajaba con parte de los grupos de física, pero en realidad, la piedra angular de su amistad fue la pasión de ambos por la teoría de la relatividad, “finalmente tenía con quien discutir”, me confiesa casi jubiloso. La publicación de un libro sobre teoría

de la relatividad impulsó su ascenso a profesor titular.

Para finales de los años sesenta y comienzos de los setenta entra en escena Gloria Quiroz, la mujer que cambió para siempre la vida del que era considerado, en ese momento, uno de los solteros más codiciados de Bucaramanga. Se casaron en agosto de 1971, y como anécdota, el Dr. Barrera relata que el día de su matrimonio hubo peregrinaje a la iglesia, porque los bumangueses querían cerciorarse de que en realidad se estaba casando; tenían que verlo con sus propios ojos. Su cuñada, la profesora Norah Quiroz de Barrera, rememora que siendo ella la dama de honor no podía entrar a la iglesia, porque la multitud se agolpaba a la entrada; y añade: “A él Gloria le gustó desde cuando ella estaba en el colegio y ambos iban al mismo curso de inglés en el Colombo Americano, siendo ya él profesor en la Universidad”. Norah recuerda el hermoso ramo de rosas que le envió, el día del grado de bachiller, a la que más tarde sería su esposa. En palabras del Dr. Barrera, ella es una mujer extraordinaria, dedicada a su profesión como odontóloga, magnífica trabajadora, ordenada como nadie y cuidadosa de todo lo concerniente a su hogar, incluido él.

Con el deseo de continuar la profundización de sus conocimientos en física, viajó en 1972 a Estados Unidos para cursar un posgrado en la Universidad de Georgetown; cuando faltaba un semestre para terminar sus estudios, surgió un problema interno entre los patrocinadores de las becas y

naturalmente los extranjeros tuvieron que regresar a sus respectivos países; sin embargo, esta experiencia fue muy importante para él y continuó con el mismo entusiasmo su vida académica, brindando sus conocimientos no solo a los alumnos de diversas asignaturas —como Teoría Electromagnética y Circuitos para Ingeniería Eléctrica, o Acústica para la carrera de Música—, sino en colaboraciones, como el Cálculo Acústico para el Auditorio Luis A. Calvo; también tomó parte muy activa en la organización del Festival Internacional de Piano de la UIS.

En razón de la Ley 80 de 1980 fueron instituidas en la UIS las facultades, y entre ellas se creó la de Ciencias; por el Acuerdo 066 se nombraron los primeros decanos de facultad, y el Dr. Álvaro Barrera Lloreda fue asignado como decano de la Facultad de Ciencias, cargo en el cual permaneció por dos años. Comenta que era criticado por algunos colegas porque siempre, y a pesar de ser el decano, tomaba su tinto a las nueve en punto en la cafetería de profesores.

En 1984 decidió pensionarse, pero continuó con su labor docente hasta el 2009, cuando se retiró definitivamente después de cumplir 50 años al servicio académico de la Universidad Industrial de Santander, hecho que motivó la condecoración por parte de la Universidad y los varios homenajes de que ha sido objeto.

Pero, sin duda y por encima de todos sus logros académicos, la más hermosa y contundente labor que, junto

con su esposa Gloria, ha realizado, fue la creación de la Fundación Jaime Andrés Barrera (Fundación JAB) en memoria de su único hijo, fallecido prematuramente en 2004. “Es una organización sin ánimo de lucro que orienta sus acciones a apoyar la asistencia y permanencia de estudiantes cuyos padres atraviesan por una situación económica de escasos recursos”. Es un esfuerzo al que están entregados permanentemente y en el

cual son acompañados por algunos familiares y amigos.

Gracias, Dr. Álvaro Barrera Lloreda por entregarme algunos de sus recuerdos más queridos y permitirme intentar hacer una semblanza suya, una persona que siempre está en el corazón de quienes lo hemos conocido y en el corazón de la institución donde pudo vivir y realizar su vida académica.